

**minitales**  
derliz mereles

minitales

derliz mereles

dedicado a mis amigos  
meinen freunden gewidmet  
for my friends

2010 | todos los derechos del autor son reservados de  
acuerdo a las convenciones internacionales | all rights  
reserved according to international conventions

## **introducción aclaratoria**

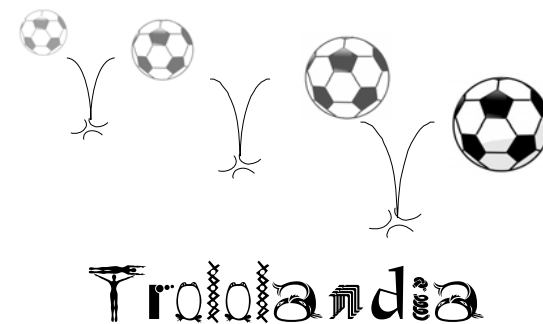
*introduction*

*introduction*

minitales = minicuentos, es una colección de cuatro narraciones pequeñas, una en castellano y tres en deutsch

minitales = minierzählungen, ist eine sammlung von kurzerzählungen, eine in castellano und drei in deutsch

minitales = a collection of short tales, one in castellano and three in deutsch



Imaginémonos la siguiente escena: un pibe de cinco años con su abuelo de cincuenta al atardecer en un patio de una casa antigua en el barrio de Boca, en Buenos Aires.

"Abuelo, abuelo", llama el pibe, "porqué tiene la cabeschera larga el tío Bernardino?", "es schanta el tio!?".

Recordemos que el niño está en la fase de su vida, dónde todo está abierto a la contradicción, a la pregunta. Más o menos como la Mafalda de Quino.

"Nooo pibe, él es un jugador de fútbol de mucho éxito!", responde el abuelo.

"Pero los jugadores de Inschaterra tienen los cabeschos rapaschos abuelo!", sigue el pibe interrogando.

Recordemos en este momento, que cuando termine la tarde el abuelo lanzará un suspiro fuerte cuando se encuentre a solas, o con la abuela, un suspiro por haber sobrevivido con dignidad una tarde con el nieto.

"Con cabeschos rapados se ven más hombres, más lindos abuelo!", sigue.

"Vení pibe, mirá, mirá acá, estos son los jugadores de Italia, y todos eschos tienen los cabeschos largos, todos se ven muy hombres, además de guapos, nooo?", responde el abuelo.

"Muy hombres no se ven abuelo, parecen mujeres viejas y feas!!!", responde Manuelito.

Sí, a estas alturas la conversación se va poniendo interesante, así que presentamos a Manuelito, el pibe, que sin perder el norte, pregunta y repregunta su interlocutor, quién? Al abuelo, Don Fernando, estoico, delgado, bronceado del trabajo, incluso después de la jubilación, que ya fué hace unos años.

"Ven Manuelito, mirá, aquí te tengo unas revistas para pibes como vos, y un par de las de tu mami, hojéalas un rato, cambiemos algo de tema, mirá, quizás encontrás algún juguete que te guste, y que ojalá te traiga de regalo el Papá Noel para navidad", trató el abuelo de esquivar las preguntas difíciles.

Siempre hubo preguntas difíciles en Buenos Aires. Muchas de ellas sin respuestas. Por ejemplo, dónde están los desaparecidos, o los hijos de los desaparecidos. O porqué el cantante ilustre, el máximo no nació en la Argentina, porqué tuvo que ser Colonia, porqué el Uruguay. O es que ellos ya no tienen suficiente papel, tanto como para ir a cantarle a Gardel?

O qué hay de las Malvinas? Que por principios lógicos de geografía, son Argentinas?

Hay muchas cosas que son o no son, sin que nadie las puedan cambiar. No hay poesías ni discursos que lo cambien. Ni las armas.

Pero las preguntas del pibe no son tan complejas. El sólo pregunta sobre los términos, no sobre las filosofías, o los principios morales que los justifican o los condenen.

"Abuelo, abuelo, mirá acá, qué es esta foto tan linda, donde los hombres parecen jugadores de fútbol, pero con cabecho rapado como los de Inschatterra?", pregunta el pibe después de hojear nada menos y nada más que tres páginas. "Que dicen estas letras grandes", siguió diciendo.

"Trololandia", dijo el abuelo, con un remordimiento incipiente por haber mezclado revistas de belleza femenina de su hija con revistas de niños.

"Qué quiere decir Trololandia, abuelo? Es eso igual que Disneylandia? Es algo tan igual de divertido?", continua Manuelito.

El pase fué rápido y sin previo aviso. Aunque se lo veía venir, Don Fernando respondió sin pensarlo dos veces:

"Y vendrá de Trolo, pibe", dijo con orgullo, para caer seguidamente en la desazón de no poder seguir respondiendo con la sinceridad plena a las preguntas que seguidamente vendrían.

"Qué es un Trolo, abuelo"

aquí hubo una pausa vergonzosa sin puntos ni comas

porque es una vergüenza en un país de machos que los machos quieran a los machos

y por ello

hay que denominarlos a ellos

de tal manera que todos sepan todo lo malo y

lo despreciables que son

ahora vuelven las comas y los puntos.

"Un Trolo es alguien diferente a nosotros, que viene de Asunción o de la Pampa", sugirió él con un suspiro.

Sí, cuando algo se considera fuera de las convenciones sociales que rigen en la ciudad, primero se lo califica de diferente, luego quizás se lo condena de infrahumano, para al final sentenciarlos de que vienen del Paraguay, o de las esquinas escondidas del propio país, como última salida vergonzosa.

"En esta fotos se vén muy bién los Trolos, abuelo", dijo el pibe, "será que pueden también jugar al fútbol?".

El abuelo responde, sin percibir el alcance de la idea que presenta a su nieto:

"Claro, Manuelito, en Paraguay y en la Pampa también hay muchos buenos jugadores de fútbol".

*copyright © derliz mereles 2008*



## Der Bericht

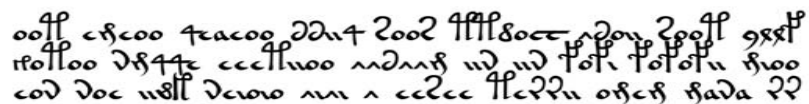
Es war ein frischer Freitagnachmittag. Der August in diesem Jahr war verregnet und kühl. Ich saß kurz auf einer Bank, in der Außenanlage des Botanischen Gartens, auf dem Weg nach Hause. Wie gewöhnlich waren alle anderen Bänke mit Patienten und Besuchern der umliegenden Kliniken belegt. Und die letzte Bank war auch nicht frei.

"Pluto ist seit gestern kein Planet des Sonnensystems mehr. Haben Sie es mitbekommen?", sagte mein Nachbar, ein Mittvierziger, schlanker Mann. Er schrieb auf seinem Laptop.

"Ja", antwortete ich.

"Die Erde entschied, einen ehemaligen Planeten zu degradieren. Dabei wurden dazu noch nicht einmal die Plutonianer befragt", ergänzte er.

Er schrieb weiter. Ich schielte kurz in Richtung Bildschirm und konnte etwas Merkwürdiges erkennen. Die seltsame Schrift habe ich bereits vor ein paar Jahren gesehen. Ich konnte mich aber beim besten Willen nicht daran erinnern, was es war.



00ff cff000 fca00 22u4 2002 fff80cc n20v 200ff 9xsf  
ff0ff00 2844c cccffu00 n2uuf ud ud fof fofofu ff00  
cod doc uell dca00 nu a ccccc ffccffu ofccff hada 22

Er schrieb schnell und konzentriert. Es ist klar, dass es heutzutage problemlos möglich ist, einen Aufsatz mit einer anderen Schriftart zu schreiben. Aber trotz ungewöhnlichem Zeichensatz, ist der Text normalerweise lesbar und verständlich. Der Mann schrieb so schnell, als hätte er darin bereits eine lange Erfahrung.

"Entschuldigung. Ich will nicht indiskret sein, aber meine Neugier ist doch größer als meine Scham", sagte ich.

"Tun Sie sich keinen Zwang an", sagte er.

"Sie benutzen aber eigenartige Symbole zum Schreiben", versuchte ich somit meine Wissbegier zu sättigen.

"Sie werden mir nicht glauben, wenn ich Ihnen sage, dass mir diese Schrift schon sehr, sehr lange bekannt ist", antwortete er.

"Darüber hinaus, so schreiben wir, dort wo ich her komme", ergänzte er.

Ich wusste was jetzt noch für eine Geschichte kommen würde. Ich habe ein paar verrückte Bekannte, die meinen, dass sie aus dem Weltall abstammten. Der Eine glaubt, dass die Erde ein galaktisches Gefängnis mit Häftlingen aus verschiedenen Welten sei. So verschieden, wie die Menschen und ihre Sprachen sind, ist es deren Hauptaufgabe, sich mit Anderen zu verständigen und in Frieden zu leben.

"Was schreiben Sie da?", fragte ich weiter. Der Text war schon fast so lang, dass er bereits eine weitere Seite füllte.

"Das ist mein Abschlussbericht. Meine Beobachtungsfrist ist verstrichen. Vor meiner Abreise muss noch ich einen Report zusammenstellen".

In dem Moment konnte ich mich wieder erinnern. Ein Manuskript aus unbekanntem Ursprung, das in der Renaissance gefunden wurde, wurde mit ähnlichen Symbolen geschrieben.

"Kennen Sie Wilfrid Voynich?" fragte ich ein wenig provokativ.

"Den Namen habe ich leider noch nie gehört", meine er.

"Er war ein amerikanischer Büchersammler und Antiquar, der 1912 ein rätselhaftes Schriftstück von den Jesuiten der Villa Mondragone, südlich vom Rom, gekauft hat. Das Buch, ein unverkäufliches Unikat, wird heutzutage in der Yale University in New Haven aufbewahrt".

"Sehr interessant, aber, worauf wollen Sie hinaus?" Für ein paar Sekunden hatte ich den Eindruck, dass mein Gesprächspartner ein wenig irritiert war.

"Die Schrift vom Voynich-Manuskript, die bis jetzt noch nicht entziffert werden konnte, sieht ähnlich aus, wie die Schrift, die Sie gerade verwenden", sagte ich, in der Hoffnung ihm nicht zu nahe getreten zu sein.

"Wie alt soll dieses Manuskript sein?", frage er, jetzt sichtlich interessiert.

"Das weiß man auch nicht ganz genau, vielleicht 400 oder 600 Jahre alt". Das Manuskript ging im späten Mittelalter und in der Renaissance von Hand zu Hand, natürlich im Besitz der Mächtigen, die auf der Suche nach der Wahrheit waren, und die dafür viel Geld bezahlt hatten.

"Dann ist dieses Manuskript eine Kopie des Berichts von unserem letzten Besuch", sagte er ganz rational. "Wir sind gezwungen, die Mittel zu benutzen, die im jeweiligen Zeitalter zur Verfügung stehen", ergänzte er.

"Was meinen Sie mit 'Bericht', wer sind 'wir', wo kommen Sie her?", ich war viel zu überrascht von seiner Antwort, dass ich ein wenig ungeduldig wurde.

Eine kurze Ablenkung wäre jetzt notwendig, dachte ich. Meinen Blick richtete ich nach oben rechts, über die Wintergärten des Botanischen Gartens. Ein Bussard flog in der Luft und stand in einer beeindruckenden Höhe plötzlich still. Vielleicht war eine Maus aus den Labors entflohen, und er konnte sie gerade erspähen.

Nur wenige Sekunden waren vergangen. Ich drehte mich wieder nach links, zu meinem Gesprächspartner. Der Platz neben mir auf der Bank war leer. Ich fühlte mich für einen kurzen Moment einsam und verwirrt. Ich hätte noch so viele Fragen stellen wollen.

*copyright © derliz mereles 2008*

**Bemerkung:** Urheber der Schriftart Eva hand 1 (siehe Bild) ist Gabriel Landini.



Los Tortillos

Los Tortillos ist ein Dorf in Mittelpampa. Dort wachsen blaue Agaven in den Gärten. Es gibt da drei Ortsteile, keine Kirche und einen König.

"Ein König? Wie kann ein Dorf einen König haben?", fragen Sie sich sicherlich. Es klingt seltsam, es ist aber so. Es gibt doch stink normale Mäuse und letztendlich auch transgene Mäuse.

Eine Gemeindeversammlung am Montagabend. So spannend fängt die Woche an. Ein bisschen Dunkel war es bereits, aber nicht zu sehr. Man konnte die eigene Hand noch sehen, und die der Anderen.

Die drei Ortsteile waren wie immer anwesend. Los Cortes, Los Bravos und Los Miedosos.

Los Miedosos war der Mittelpunkt und gleichzeitig das größte Gebiet. Los Bravos, ein kleiner Bereich der Peripherie. Los Cortes gehörte irgendwie noch zum Dorf, obwohl es geografisch durch einen kleinen Wald getrennt war.

Alles lief wie gewöhnlich, langweilig. Der Dorfälteste begann gerade zu nicken.

Irgendwann, mitten im Gespräch, stand der König vor der Gruppe auf, er wirkte unruhig. Er sprach, und klang wütend.

"Wer kann folgendes noch verstehen?"

Tequila Simple,  
Tequila Sunrise,  
Tequila Blanca,  
Tequila Dorada,  
Tequila Reposada,  
Tequila Añeja,  
Tequila Sour,  
Tequila Sangrita,  
Tequila Jalapa,  
Tequila Villa,  
Tequila Tampico,  
Tequila Mexicana,  
Tequila Alamo,  
Tequila Pueblo,  
Tequila Mágica,  
Tequila Gobierno,  
Tequila Rey",  
las der König vor. Zu viele Bezeichnungen.

Die Gemeinde gab ein harmonisches Lachen von sich.

Der König wollte zurück zu den alten vierteiligen Nennwerten kommen. Man würde das Gequasselt gar nicht mehr verstehen.

"Die siebzehn Benennungen gehören zur Marketingstrategie der Union der Dörfer in Mittelpampa", sagte der Dorfälteste, jetzt wieder wach.

"Wer von euch kennt denn überhaupt die neue, sogenannte Siebzehn-Klassen-Einteilung?", fragte der König weiter.

"Eure Hände will ich sehen!", befahl er.

Und obwohl fast alle nicht ahnungslos waren, hoben nur drei Mitglieder des Ortsteils Los Bravos die Hände hoch. Alle anderen Dorfbewohner schienen mit dem Boden in einer unförmigen Paste ohne Arme zu verschmelzen.

Die ektopischen Drei wurden ignoriert.

Die anderen Menschen klebten ohne kritische Bemerkungen aneinander.

Es gab, keine Zusammenfassung, keine Entschlüsse. Ein Einklang ohne Dissonanzen.

Es blieb weiterhin friedlich in Los Tortillos.

Es gab kein Lob und keine Strafe.

*copyright © derliz mereles 2008*



## Palmenholz

Es war heiß und schwül in diesem Sommer, die Sonne schmolz den weißen Sand auf der Straße. Wabernde Hitzesäulen stiegen ständig hoch gen Himmel. Der junge Arzt saß auf der Veranda der Pension, wie jeden Nachmittag seit fast zwei Monaten. Nachdem die Siesta vorbei war, las er ein Buch, irgendein Roman, nichts wichtiges. Gewöhnlich war es, dass das Dorf nach dem Mittagessen, von etwa zwölf bis fünfzehn Uhr im tiefen Schlaf lag.

Später, als sich die Sonne langsam entschied, dem quälenden Nachmittag ein Ende zu setzen, beobachtete der junge Arzt wie eine Mensentraube gemächlich durch die vom ihm aus rechts hinten liegenden Eingangsstraße auf den Marktplatz einmarschierte. Die meisten gingen barfuß, dies war auch üblich. Vorne trugen die jungen Eltern einen kleinen weißen Sarg.

Die Prozession verlief langsam und war zeitweise von der aus dem sechzehnten Jahrhundert stammenden Franziskaner Kirche aus Palmenholz und Lehm verdeckt, die vor ihm im mittleren hinteren Bereich des Platzes lag. Nach einer Weile konnte er sie wieder sehen, bis sie durch die von ihm aus links hinten liegende Eingangsstraße, Richtung Friedhof verschwand.

Es gab keinen Ton. Kein Weinen. Kein Gesang. Der junge Arzt spürte die Mahnung, die bestimmt mehr in der Luft und in der Hitze lag, als in der wohl nicht vorhandenen gesellschaftlichen Rüge.

Er wusste, dass er alles richtig getan hatte. Ihm war jedoch bewusst geworden, dass es trotz allem eine Grenze gibt, die manchmal auch mit der besten Gewandtheit nicht zu überwinden ist.

Der Gesundheitsposten war ein sechzehn Quadratmeter Häuschen aus weiß gemalten Ziegeln. Der Boden hatte abgenutzte rote Keramik-Fliesen. Die einfache Tür und das Fenster, beide aus Holz, waren nur zum Schein da. Man konnte sie zwar abschließen, sie ohne Schlüssel zu öffnen war jedoch kein Kunstwerk. Ein Holztisch mit Schublade, auf dem ein paar verrostete medizinische Instrumente lagen und eine wackelige Glasvitrine, mit einigen abgelaufenen Medikamenten, füllten den Raum.

Der junge Arzt fand seine neue Arbeitsstelle passend. Die letzten drei Monate des medizinischen Internats, wie dort das praktische Jahr genannt wurde, musste er in einem abgelegenen Ort des Landes verbringen, möglichst ohne Beobachtung von erfahrenen Ärzten.

Das Dorf war etwa vierhundert Kilometer weit von der Hauptstadt weg, in einem Sumpfgebiet gelegen. Es gab keinen anderen Arzt in einem Umkreis von fünfzig Kilometer, kein fließendes Wasser und keinen Strom.

Er wohnte in der einzigen Pension, die nur ein Zimmer hatte. Abends musste er manchmal mit der Taschenlampe nach *Triatoma infestans*, besser bekannt als *Vinchucas*, in den Rissen der Lehmwand suchen. Diese Riesenwanzen würden ihm sonst beim Schlafen Blut absaugen und dabei Exkremente ausscheiden. Beim Kratzen der juckenden Haut würden die im Kot enthaltenen Protozoen in die Blutbahn gelangen, um den Zyklus des *Trypanozoma cruzi* zu vervollständigen. Jahre später würde man an Herz- und oder Darmerkrankungen leiden, die sogar tödlich enden könnten.

Das Lesen bei Kerzenlicht konnte er auch deswegen nicht richtig genießen. Daher gewöhnte er sich an, vor der Pension unter dem langen bedachten Korridor zu sitzen und sich mit einem Buch zu entspannen.

Es gab sonst nichts zu tun in diesem Dorf. Ein Bus, der nirgendwo sonst eine Erlaubnis zu fahren erhalten hätte, kam zwei Mal in der Woche. Eine einzige Telefonleitung besaß der Präsident der Colorado Partei, jene Partei, die schon seit einer Ewigkeit die Macht im Lande behielt.

Ein Priester kam einmal im Monat aus einem größeren Dorf, um die Beichte abzunehmen und die Messe zu lesen. Es war sogar so, dass erst am Sonntag den 5. Februar 1989, drei Tage nach dem Putsch, die Menschen im Dorf erfuhren, dass der langjährige Diktator des Landes nicht mehr an der Macht war.

Die Telefonleitung war in der Putschnacht von einem Gewitter unterbrochen worden. Jemand hörte die Nachrichten im Radio erst am darauf folgenden Sonntag. So ging das vielleicht wichtigste Ereignis der letzten vier Jahrzehnte am Dorf unbemerkt vorbei.

Es war nicht immer äußerst ruhig in Los Cuarteles. Eines Tages kam der Pensionsinhaber sehr gestresst auf ihn zu:

"Herr Doktor, kommen Sie bitte schnell! Mein Sohn hatte einen Unfall. Er liegt dort hinten auf der Straße!" rief er voller Entsetzen. Der junge Arzt eilte mit dem besorgten Vater zur Unfallstelle.

Der Sohn war von einem riesigen Ochsenkarren voller frisch geernteter Wassermelonen herunter gestürzt. Die Ochsen liefen unbeirrt weiter, so dass ein Holzrad mit Eisenreifen seinen Bauch überrollte.

Der junge Arzt konnte die Diagnose schnell stellen und wies an, den Patienten zur Notoperation in die nächstgelegene Klinik, etwa hundert Kilometer entfernt, zu bringen. Die abgerissene Milz konnte erfolgreich entfernt werden und der Sohn des Pensionsinhabers war nach wenigen Tagen wieder zu Hause.

Das sonst ruhige Ärzteleben im Dorf wurde an einem Mittwochabend bei Vollmond unterbrochen. Zwischen den dunklen Schatten der Bäume tauchten ein hohes Ross und sein Reiter auf. An der Pension machte er halt. Minuten später ging der Pensionsinhaber zum Zimmer des jungen Arztes.

"Es tut mir leid, Herr Doktor. Sie werden gerade von einem Mann gesucht", sagte er schmerzlich, entsprechend der späten Uhrzeit.

Der Mann stieg nicht vom Pferd ab, was mehr für seine Eile als für seinen Höflichkeitsgrad sprach. Der Schatten des Sombreros verdeckte sein Gesicht.

"Guten Abend", sagte er.

"Meine Tochter, die gerade zu Besuch bei uns ist, hat Wehen. Die Geburt war eigentlich erst in zwei Wochen vorgesehen. Könnten Sie uns helfen?"

Die Dorfhebamme war bereits mit einer anderen Geburt beschäftigt. Unter diesen Umständen war der junge Arzt die letzte Gelegenheit, eine entsprechende begleitende Geburtshilfe zu geben.

Das Mitreiten auf dem Pferd lehnte er ab. Er würde lieber neben ihm zu Fuß gehen. Der Weg war nicht sehr lang, und ging mehr durch Lichtungen als durch den Wald. Ein Abstecher beim Gesundheitsposten erlaubte ihm das Mitnehmen der wenigen vorhandenen medizinischen Instrumente.

Das Mondlicht war hell genug, um Schlangen und Vogelspinnen rechtzeitig zu erkennen, und ihnen aus dem Weg zu gehen. Nach einer Stunde waren sie angekommen. Im Lehmhaus mit Strohdach brannten Kerzen. Mitten im einzigen Zimmer lag die vierzigjährige Frau, Lehrerin aus der hundert Kilometer entfernten Landeshauptstadt. Es war ihr erstes Kind. Der junge Arzt sah eine schwierige Nacht auf sich zukommen.

Baumwollfäden und Instrumente ließ er zuerst abkochen. Danach tränkte er sie im hochprozentigen Alkohol. Latexhandschuhe, chirurgische Fäden und Nadeln hatte er nicht. Seine einzigen Kampfmittel waren die Sprache und die Geduld. Er beruhigte Sie und redete ständig auf sie ein, dass alles gut laufen und alles gut gehen würde.

Und alles lief gut. Das Kind war ein gesunder Junge. Es gab keinerlei Komplikationen. Ein paar Tage später kamen sie zum Gesundheitsposten, um sich zu bedanken und um zu Fragen, wie der junge Arzt wohl mit Vornamen hieße. Sie würden gerne das Kind nach ihm benennen. Das hatte gut getan. Die Erfahrung, etwas Gutes im Leben der Anderen getan zu haben, machte ihn glücklich.

An diesem Abend, auf dem Weg zurück zum Dorf, wurde er von einer Frau aufgehalten. Ob er zur Hebamme kommen könnte, fragte sie, sie sei bei einer achtzehnjährigen Frau und würde es nicht schaffen die Geburt zu Ende zu bringen.

Das ungeborene Kind war zu groß für das Mutterbecken. Der Arzt hörte ab, fand aber keine Herztöne mehr. Er ließ die Mutter zum nächsten Krankenhaus fahren, wo der Tod des Kindes festgestellt und entsprechend gehandelt wurde.

*copyright © derliz mereles 2008*